

A un sacrificio heroico. — Cual Virginio,
Para excitar la popular venganza,
Mató un día á su hija; así nosotros,
Alzando al opresor templos y estatuas,
Matamos nuestra honra: ¡a ver al menos
Si de vergüenza Roma se levanta!

BRUTO

La vergüenza no engendra el heroísmo.

CASIO

Te ha despertado á ti, y eso nos basta.

BRUTO

Yo no dormía; la dormida es Roma;
Más que dormida: ¡muerta!

CASIO

¿Y si te engañas?

BRUTO

¡Plegue al cielo!

CASIO

Los juegos lupercales

Mañana son: ¿irás?

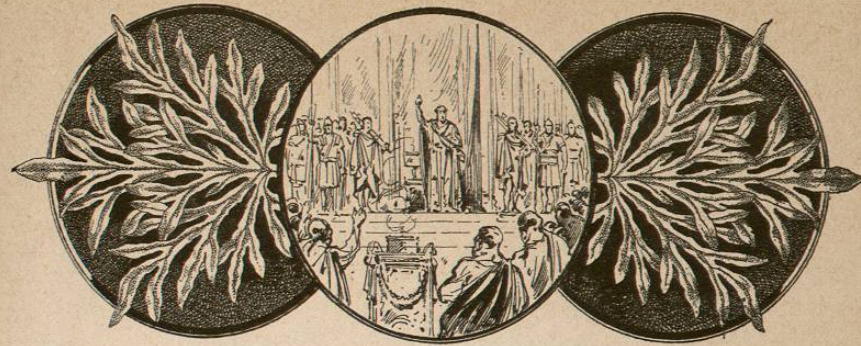
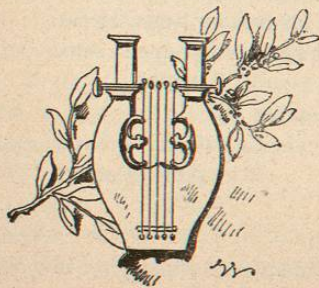
BRUTO

Iré.

CASIO

¡Mañana

Renace la República! — ¡En el foro
Roma viva y despierta á Bruto aguarda!



ACTO TERCERO

El Foro de Roma. — Las estatuas. — La tribuna con la silla de oro. — En el fondo se divisa el Capitolio: á su derecha la roca Tarpeya, y á su izquierda el templo de Júpiter Capitolino. — Casas, templos y avenidas á un lado y otro de la escena. — Á la derecha del actor, en primer término, la casa de Marco Antonio, magnífico palacio con pórtico y escalinata de mármol.

ESCENA PRIMERA

Grupos de CIUDADANOS en la plaza; muchos de ellos recostados en la escalinata de la casa del cónsul. — Sale de ésta el esclavo ENNIO, y baja las gradas con dificultad, por estorbárselo los que están allí echados.

UN CIUDADANO

No me pises la toga.

OTRO

Esclavo, mira

Dónde pones los pies.

ENNIO

No dejáis trecho.

CIUDADANO

Pues no se pasa.

ENNIO

Mi señor me espera;

Es Casio el senador.

CIUDADANO

Y yo soy Elvio,

Ciudadano romano.

OTRO

¿Te figuras

Que aún los patricios nos imponen miedo?

ENNIO

No he dicho tal.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CIUDADANO

Pasó su tiranía.

OTRO

César domó su orgullo.

ENNIO

Es cierto, es cierto.

CIUDADANO

Todos iguales somos. — Pasa, esclavo.

ENNIO

¡Perdonad, perdonad!

(Baja las gradas.)

ESCENA II

DICHOS, CASIO, luego LOS ESCLAVOS

CASIO

¿Por qué á mi siervo

Amenazáis?

UN CIUDADANO

Porque enseñar conviene

A algunos que lo olvidan el respeto

Que al pueblo se le debe.

CASIO

Bien hicisteis:

Y si otra vez lo olvidas, harás, Ennio,

Que te lo acuerde el látigo.

ENNIO, arrodillándose.

¡Perdona,

Señor!

CASIO

¡Levanta!

(Aparte.)

¡Qué insolente pueblo! —

(Apartándose con el esclavo.)

Habla con disimulo. ¿Qué quería

Marco Antonio de tí?

ENNIO

Que esté en acecho

De tus pasos, y á él sólo mis denuncias

Comunique, guardando este secreto

De Lépido y de todos.

CASIO

Quiere él solo

Saber lo que se trama. Ya penetro

Su intención. — Bien está: vete al Pretorio.

Allí Bruto estará: busca un momento,

Y como hiciste ayer, con maña arroja

Este escrito á su silla, y vuelve luego.

(Le da un pergamino. — Se va Ennio.)

¿Con qué motivo al pórtico del cónsul
Corre la muchedumbre?

CIUDADANO

Hoy son los juegos

Lupercales.

CASIO

Lo sé.

CIUDADANO

Con un banquete

Festeja Marco Antonio á sus lupercos,
La flor de Roma, que en honor de César
Ese rito consagran.

CASIO

¿Y los restos

Del banquete aguardáis?

CIUDADANO

Y la esportilla

Verás cuán llena de manjares llevo.

CASIO

¡Y así vives feliz!

CIUDADANO

De balde como:

Pilas de jaspe en que bañarme tengo
Cuando el ardor canicular, y estufas
Donde burlar los fríos del invierno;
Fieras y gladiadores en el circo;
En el teatro farsas de Laberio:
Y luego al fin del año en los comicios
Al que me da más suma el voto vendo.
¿No he de vivir feliz? Cuando el reparto,
Me dió César un campo; pero presto
Me cansé de labrarlo; que á esa vida
Este bullir de la ciudad prefiero.
Conque vendí mi campo y volví á Roma.
En la Suburra habito.

CASIO

¿Y qué es del precio

Que te dieron por él?

CIUDADANO

Me lo he comido.

CASIO

¿Y ya no tienes campo ni dinero?

CIUDADANO

¡Qué importa! ¡Tengo á César! Mientras viva,
Ni al frío, ni al calor, ni al hambre temo.

(Aparecen en lo alto del pórtico los esclavos con fuentes de oro, unas que contienen restos de jabalíes, de pescados, de pavos reales, otras con diversas frutas, todo lo cual van distribuyendo á los ciudadanos, que al verlos aparecer, se han agolpado á la escalinata.)

EL ESCLAVO

¡Ciudadanos! El cónsul os saluda,
Y esto os envía en prueba de su afecto.

LOS CIUDADANOS

¡Viva Antonio!

CASIO, aparte.

¡Aplaudid! En el banquete
Que os he de dar, con vuestro aplauso cuento.

UNO

¡Venid acá!

OTROS

¡Nosotros somos antes!

OTROS

¡Los que han tomado ya, dejen el puesto!

EL ESCLAVO

Para todos habrá.

UNO

Yo fui soldado.

OTRO

Y yo estuve en Farsalia.

OTRO

Con Pompeyo.

OTRO

Yo serví con Antonio.

OTRO

En los comicios

Yo mi voto le di.

OTRO

Por cien sestercios.

Yo le voté de balde: abridme paso.

(Aparecen en el vestíbulo los lictores y grita su jefe Valerio:)

VALERIO

¡El cónsul! ¡Plaza al cónsul!

UN CIUDADANO

¿Yo me quedo

Sin comer?..

EL ESCLAVO

Ya no hay nada.

VALERIO

¡Plaza al cónsul!

(Abren paso y bajan por la escalinata. — Detrás de ellos viene Marco Antonio seguido de los jóvenes lupercos.)

ESCENA III

CASIO, MARCO ANTONIO, LOS LUPERCOS, EL PUEBLO, VALERIO,
LOS LICTORES

EL PUEBLO

¡Viva Antonio!

ANTONIO

¡Por Hércules, mi abuelo!

¡Gran banquete! Si todos los romanos
Aquí se juntan, para todos tengo.

UN CIUDADANO

No para todos.

ANTONIO

¿Cómo no?

CIUDADANO

Aquí hay uno:

Para mí no alcanzó, y estoy hambriento.

ANTONIO

¿Tienes hambre? ¡Te envidio! — Haced que coma
Este buen ciudadano.

(El ciudadano sube al pórtico, y el esclavo se lo lleva dentro.)

¡Oh mis lupercos!

¡Oh Quinto Cicerón! Pese á tu tío,
Con nosotros estás. Corred, mancebos,
Honrad á César, semidiós de Roma:
Preparad en su honor el rito nuevo
Que hoy consagramos á su ilustre nombre.
¡Con divino furor arde Lio
En nuestras venas! ¡Evohé!

LOS LUPERCOS

¡Corramos!

ANTONIO

¡Mil veces evohé! — Marchad al templo.

(Se van los lupercos.)

ESCENA IV

CASIO, MARCO ANTONIO, EL PUEBLO, LOS LICTORES

ANTONIO

Ciudadanos, las nuevas lupercales
Comienzan hoy. A presenciar los juegos
Vendrá César al Foro; á su llegada,
Señales halle del amor del pueblo.
Su estatua coronad; lauros y rosas
Tenéis en mi jardín.

EL PUEBLO

¡Sí! ¡Coronemos

A César semidió!

(Entran algunos en casa de Antonio, y salen luego con ramas de laurel y rosas, con las que tejen una corona y guirnaldas para adornar la estatua de César.)

ANTONIO

¡Oh Casio!, ¿vienes

Con tu esportilla á recoger los huesos?

CASIO

Aún, por gracia de César, no he llegado
A tal extremidad.

ANTONIO

Por gracia, es cierto:

Tú bien lo sabes.

CASIO

¡Yo! ¿Pues hay motivo

Para que Casio la merezca menos?

ANTONIO

¡Siempre torvo el mirar, pálido el rostro!..

¿Qué rueda por tu mente?

CASIO

Un pensamiento

Fijo, tenaz, constante... ¡no te asombre!

Una quimera, una ilusión, un sueño...

¡La libertad de Roma!

ANTONIO

¡Tú conspiras!

CASIO

¡Conspirar!.. ¿y con quién? – Negar no quiero

Que hay en los nobles y en la plebe misma

Algunos... quizá muchos, que del pecho

En lo más hondo guardan y alimentan,

Cual las vestales, el sagrado fuego.

Muchos que el yugo de hoy, blando sin duda,

Ansiando están por sacudir del cuello;

Y que nuestra República renazca

Segunda vez; y como en otro tiempo,

Sea el pretor, pretor, y el cónsul, cónsul.

ANTONIO

¿Son muchos, dices, los que piensan eso?

CASIO

Los que lo piensan, muchos; los que osaran

Ejecutarlo, pocos.

ANTONIO

¡Tú uno de ellos! –

CASIO

Si de mi voz en Roma tanta fuera

La autoridad, te juro que, aun á riesgo

De perder la existencia, lo intentara.

¡Inútil sacrificio! ¡El noble ejemplo
Nadie siguiera del obscuro Casio!
El terror, la sospecha, el desaliento
Los ánimos embarga. Quién oculta
Su humillación en el hogar materno,
Como en Bruto lo ves: quién la disfraza
Con máscara servil: testigos Decio,
Cimbri, Casca, Trebonio, que cortejan
Al dictador, odiándole en secreto. –
No, Antonio, no conspiro: puede César
Vivir tranquilo, de temor ajeno. –
Sólo un romano existe, que pudiera
Llamarse su rival: el que perplejo
Y vacilante y tímido á la orilla
Le halló del Rubicon, y su ardimiento
Le transmitió, y el límite vedado
Le animó á traspasar: el que por medio
Del borrascoso mar á Macedonia
Voló á salvarle de inminente riesgo:
El que en Farsalia hundi6 nuestra derecha,
Que en persona mandaba el gran Pompeyo.
¡Ese, el único es ése que si alzara
La poderosa voz!.. ¡Qué estoy diciendo!
Ese también en gárrulos banquetes,
Por olvidar su indigno abatimiento,
Su mente ofusca y su vergüenza ahoga
En bullentes raudales de falerno!

ANTONIO

Y ése lo acierta, Casio. ¿Qué es la vida
Sin vino y sin amor? Bendice al cielo,
Que nos depara en César quien alivie
A pretores y cónsules del peso
De gobernar á Roma. ¡Sois ingratos!
Le habéis nombrado dictador perpetuo:
Eso no basta. Del laurel que ciñe
Su vencedora frente brotar veo
Las ínfulas de rey.

CASIO

¡De rey!

ANTONIO

¿Qué importa?

¿No lo es acaso ya? – ¡Gracioso es esto!
¡Sufren el hecho, y les asusta el nombre! –
Vamos, lictores. – Mira, mira al pueblo
Coronando su estatua. – Dime, Casio;
Y esos ¿fingen también?

(Riendo.)

¡Vamos al templo!

(Se va precedido de sus lictores.)

ESCENA V

CASIO, EL PUEBLO

CASIO

¿Quiere ser rey? Los dioses le han cegado.
Y se acerca su fin. – Pues ¿no es más necio,
Teniendo el hecho, ambicionar el nombre? –
Después de su clemencia, este es el yerro
Que más le ha de pesar... si por ventura
De que le pese le dejamos tiempo. –
¿Y Antonio? Antonio me ha entendido; á César
Será también traidor con su silencio.
Pocos le quedan ya. Y esa noticia...
Si á confirmarse llega, Bruto es nuestro.
¡Qué lejano rumor!

EL PUEBLO

¡Es Bruto! ¡Es Bruto!

CASIO

Él se acerca.

EL PUEBLO

Salgamos á su encuentro.

CASIO

¡Bruto! Tu nombre sólo necesito
Para acabar con César. Si vencemos,
A par del tuyo aclamarán el mío:
«¡Casio y Bruto!» dirán: – ¡Casio el primero!

ESCENA VI

CASIO, BRUTO, EL PUEBLO

(El pueblo se ha adelantado á recibir á Bruto y le abre paso, con señales de respeto. Bruto trae en la mano un pergamino arrollado.)

UNOS

¡Salud á Bruto!

LAS MUJERES

¡Al hijo de Servilia!

OTROS

¡Al amigo de César!

BRUTO

¡Qué estoy viendo!

¿Su estatua coronáis?

UNOS

Lo mandó el cónsul.

BRUTO

Casio, ¿lo ves? El lamentable ejemplo
Que los patricios dan, la plebe imita.

¡Oh! ¡la degradación! – ¿Para ver esto
Al Foro me citaste? – Ciudadanos:
El cónsul que lo manda, y los que ciegos
Obedecen su voz, ni á César aman,
Ni son romanos, ni merecen serlo.
¡Arracad de su estatua esos adornos:
Quitadle esa corona! ¿No estáis viendo
A Junio Bruto allí, que ya indignado
Salta del pedestal?

UNOS

Hoy á los juegos

Viene César aquí.

BRUTO

¡Venga en buen hora

Y halle romanos; pero nunca siervos!
No imaginéis que la servil lisonja
Complace al dictador. Que vuestro acento
Le aclame «Padre de la patria;» y basta
A colmar su ambición. – Echad al suelo,
Quitadle, os digo, esa corona, insignia
Odiosa á Roma, á César el primero.
¿Su amigo me llamáis? Pues imitadme:
Su amigo quiero ser; y así lo pruebo.

(Arranca los adornos de la estatua de César.)

UNOS

Imitemos á Bruto.

OTROS

Él es amigo

De César.

OTROS

El mayor.

OTROS

Sabrá que en esto

Le complace.

OTROS

¡No hay duda!

OTROS

¡Pues á tierra

Esa corona!

TODOS

A Bruto obedecemos.

(Despojan la estatua de los adornos.)

CASIO

Si al Foro te cité para que vieses
Despierta á Roma, nunca fué mi intento
En esa baja multitud mostrarte
A Roma: eso no es Roma: es un revuelto

Mar que furioso aquí ó allí se lanza,
Obedeciendo al soplo de los vientos;
Y ese soplo es tu voz. Verás á Roma
En sus nobles patricios, herederos
Del gran poder tradicional, que ahora
Nos usurpa un tirano. Aquí muy presto
Llegarán, al rumor del nuevo insulto,
Todos en justa indignación ardiendo.

BRUTO

¿Qué nuevo insulto, di?

CASIO

Bruto: esa mano
Que al simulacro inmóvil, ha un momento,
La corona arrancó, ¿sabrá arrancarla
De la frente de César?

BRUTO

¡No lo creo! —
¡Casio, no puede ser! ¡Un rey en Roma!
¡César envilecerse hasta ese extremo!
¡Casio, no puede ser! — ¡Yo le conozco!
César en todo es grande: todo el sello
De su grandeza lleva. En sus conquistas,
En sus lides del foro, en su destierro,
En sus leyes... ¿qué más?, ¡hasta en su misma
Tiranía hay grandeza! ¡Oh! ¡yo alimento
Una vaga esperanza en los impulsos
De su elevado espíritu! Su genio
No ama el poder por el poder; no, Casio:
En él la usurpación no es fin, es medio.
Y acabada su obra, sometidas
Las naciones, en paz el universo,
Roma imperando... — ¿Te sonríes, Casio?

CASIO

¡Sueña, feliz mortal, sueña! No quiero
Por tan breves instantes arrancarte
Las ilusiones de tu dulce sueño.
Corto será: y el despertar ¡qué amargo!

BRUTO

¿Conque ya no hay virtud? ¿Conque derecho,
Justicia, amor de patria, son palabras,
Palabras nada más? ¿Conque yo duermo?
Hoy otra vez me lo recuerdan: mira.

(Mostrándole el escrito.)

CASIO

¿En tu casa?

BRUTO

¡En la silla!

CASIO

Y son diversos
Los caracteres; pero el mismo grito.

(Leyendo.)

«¡Despierta, Bruto!»

¡Inútiles lamentos!

César le adormeció: dejadle: César
A despertarle va: tranquilo espero.

ESCENA VII

CASIO, BRUTO, CICERÓN, EL PUEBLO

(Cicerón viene por la izquierda del fondo.)

CICERÓN

¡Dame albricias, oh Casio! ¡Aún estas canas
Pueden salvar á Roma!

CASIO

No te entiendo.

CICERÓN

¡Quieren darnos un rey!

BRUTO

¡Un rey!

CICERÓN

¡La obra
Deshacer quieren de tu heroico abuelo!

BRUTO

¡Un rey!

CICERÓN

No lo temáis.

CASIO

¡Habla!

CICERÓN

Llamado
Fuí á casa de César ha un momento.
Voy, llego, me introducen, y hallo juntos
A Hircio, Lépido, Pansa, Planco, Decio,
A los suyos en fin, que un grave asunto
Tratando estaban. Salen á mi encuentro
Todos, y con benévolo semblante
Asiéndome las manos: «Tú eres nuestro,
Me dicen, Marco Tulio; tú, lumbrera
Del Senado y del Foro; tú, el primero
En ciencia y en virtud... (Esto decían.)

Oye: vas á juzgar. Se ha descubierto
Que, según en los libros sibilinos
Escrito está desde remotos tiempos,
No vencerá á los Partos quien no lleve
El título de rey. César, dispuesto
A marchar á esa guerra, el vaticinio
Desprecia del oráculo. ¿Y es cuerdo
Que por su temeraria confianza
La victoria de Roma aventuremos?
¡Apóyenos tu voz en el Senado,
Rayo de la elocuencia! ¡Suene el eco
De esa tu ardiente inspiración divina,
Que es orgullo al romano, envidia al griego!..
(Esto decían.) Habla, y la corona
A César das; y á Roma el triunfo cierto.»

CASIO

¿Y hablarás?

CICERÓN

No hablaré. Tranquilizaos:
No será rey; á Túsculo me ausento.

CASIO

¡Callar! ¡Partir! ¿Qué dices? A la patria
No le basta tu fuga y tu silencio.
Esa elocuencia que al tirano niegas
Se la debes á Roma. Aquí es tu puesto,
En el Senado. Y cuando llegue el día,
Álzate audaz, y como en otro tiempo,
Grítale entonces: «¿Hasta cuándo, César,
Abusarás del sufrimiento nuestro?» –
Cicerón, tu palabra á los traidores
Dará espanto; y á todos, con tu ejemplo,
Nos verás contra el pérfido tirano
La voz alzar, y si es preciso, el hierro.

CICERÓN

¡El hierro! – De tus años juveniles
El ciego ardor, la inexperiencia veo,
Y perdono el ultraje. ¡El hierro, dices!
¿Piensas que torne á renacer de nuevo
La libertad aquí, donde bañado
Sila en sangre de nobles y plebeyos,
Cansado de matar, depuso el hacha,
Y vivió impune, y expiró en su lecho?
¿No hubo un puñal en Roma contra Sila
Y le habrá contra César? – No acusemos
De injusticia á los dioses. – Ya se junta

El pueblo aquí. Yo parto. A ver los juegos
César vendrá: que mi partida sepa.
No será rey. Para estorbar su intento
Basta echar, noble Casio, en la balanza
De Cicerón la ausencia y el silencio.

(Se va.)

ESCENA VIII

CASIO, BRUTO, TREBONIO, CASCA, EL PUEBLO

(Va llegando al Foro por diversos puntos el pueblo. Trebonio y Casca llegan al marchar Cicerón,
y hablan misteriosamente con Casio. – Bruto está aparte, caviloso.)

TREBONIO

¿Dónde va Cicerón?

CASIO

Al Tusculano.

CASCA

¿No apoyará el sacrílego proyecto?

CASIO

¿Sabéis?..

TREBONIO

¡Todo!

CASCA

¿Qué es esto? ¿Huye el cobarde?

¡Vendrá el día, Trebonio, y no tendremos
Su autorizada voz! ¡Nos falta un nombre
Popular que á los tímidos dé aliento!

CASIO

No faltará: ¡mirad!

CASCA

¡Bruto!

TREBONIO

¿Es posible?

CASIO

Nuestro será.

BRUTO, aparte.

¡No acabo de creerlo!

(Movimiento en el pueblo, que dirige sus miradas hacia la izquierda, y procura tomar sitio, trepando algunos á la escalinata, á los pedestales de las estatuas y los capiteles. – Casca y Trebonio se dirigen hacia la izquierda á unirse á la comitiva.)

UNOS

¡César! ¡César!

OTROS

¡Ya viene!

UNO

¡Ciudadanos!

¡Saludémosle todos!

OTRO
No olvidemos
El consejo de Bruto.

OTRO
Sí: aclamarle
Debemos: ¡Padre de la patria!

OTRO
Es cierto:
Sólo ese grito le complace.

OTRO
Bruto
Nos lo ha dicho.

VARIOS
Sigamós su consejo.

(Entretanto ha salido la guardia de César, y se ha colocado detrás de la tribuna.)

CASIO
¡Siempre con él su guardia de españoles!

ESCENA IX

CASIO, BRUTO, CASCA, TREBONIO, CÉSAR, DECIO, LÉPIDO, CIMBRO,
CINA, PUBLIO SIRO, LABERIO, SENADORES, CUARDIA, PUEBLO DE
AMBOS SEXOS, LICTORES.

(Sale por la izquierda del Foro César, vestido de ropas triunfales, precedido de los lictores y acompañado de las personas que antes se citan.)

PUEBLO
¡Salud á César!

CÉSAR
¡Al romano pueblo
Salud!

PUEBLO
¡Salud al Padre de la patria!

(Sube César á la tribuna, donde estará colocada la silla de oro. Decio se acerca al paso con disimulo á Casio.)

DECIO
¿Se decidió?

CASIO
Aún vacila.

DECIO
Será nuestro
De aquí á un instante: aguarda.

(Los sacerdotes de Luperco aparecen por la derecha del Foro con una ara donde arde una llama y con instrumentos músicos.)

UN SACERDOTE

Tu mandato

Se espera, ¡oh César!

CÉSAR

Comenzad los juegos.

(César se sienta: los sacerdotes colocan el ara delante de la tribuna y queman perfumes, que se elevan hasta César en nubes de humo, entonando al son de la música el siguiente coro:)

HIMNO Á LUPERCO

Sacro ministro del potente Jove:
Fuente de vida, animador del mundo:
Numen fecundo, tutelar de Roma,
¡Divo Luperco!

Blando rocío los sedientos prados
Riegue, y del grano, que su seno encierra,
Brote la tierra, á tu amoroso aliento,
Frutos opimos.

Hoy solitaria, contemplando en torno
Tálamo estéril, silenciosos lares,
Va tus altares á colmar de ofrendas
Casta matrona.

Vele tus formas vaporosa nube:
Deja el Olimpo, los espacios hiende:
Numen, desciende: su mayor tesoro
Roma te fía.

¡Numen, desciende! La fulmínea espada
César esgrime contra el Parto rudo:
Cubra tu escudo al dictador de Roma,
¡Divo Luperco!

(Durante el coro, el pueblo ha abierto calle á las carreras, y los lupercos, desnudos de medio cuerpo arriba y coronados de pámpanos, han cruzado corriendo, azotando con correas á los que hallaban al paso, principalmente á las mujeres que presentaban las palmas de las manos para recibir el golpe, por creer que así dejaban de ser estériles. Al terminar el coro aparece, por la derecha del Foro, Marco Antonio, seguido de sus lupercos - él y ellos con el traje propio de la ceremonia - y Lucio Cota.)

ESCENA X

LOS ANTERIORES, MARCO ANTONIO, LUCIO COTA Y LOS LUPERCOS

ANTONIO

¡No prosigáis! En vano á las deidades
El triunfo les pedís. Caerá de nuevo,
Como Craso cayó, quien á los Partos
Pretenda sojuzgar, contra el decreto